

GNOMOS DEL DESAPEGO

Hace un par de semanas, en la noche, mientras dormía, escuché ruidos que me hicieron abortar mis experiencias oníricas. El sonido asemejaba a un centenar de palomas zureando en mi habitación. Me incorporé ligeramente para tratar de averiguar la procedencia del ruido. Había luna llena y una tenue luz se colaba por la ventana haciendo de la oscuridad una penumbra más accesible al ojo humano.

Lo que vi me dejó atónita: un montón de gnomos desfilaban en desorden por mi cuarto. Iban vestidos con mallones que adiviné de colores y sacos salpicados de brillantina. Su cintura estaba ceñida por una banda negra con una enorme hebilla plateada, un gorrito picudo, que hacía juego con el pantalón, se movía al ritmo de su andar. Sus botitas negras de punta levantada parecían flotar sobre el piso. Eran tal y como los había visto en mis cuentos de niña.

Conversaban animadamente. Algunos daban brinquitos cayendo con la habilidad necesaria para terminar la peripecia con una maroma. Otros se trepaban en los muebles, como osos koala miniatura, curioseando todo lo que encontraban a su paso, perfumes, polveras, cepillos, aretes. Cualquier cosa les generaba interés y parecía hacerles gracia.

Cuando me recuperé de la parálisis que me generó el susto, traté de levantarme, pero se abalanzaron sobre mí logrando que cayera de nuevo en la cama. Uno se subió a mi pecho y me miró severamente, parecía estar cubierto de

plumas, empezó a esponjarse como los loros, el olor que emanaba era exactamente igual al que estos parlanchines tropicales despiden. Conforme la fragancia penetraba en mi nariz, mis músculos se relajaron a tal grado que una nueva inmovilización invadió mi cuerpo, sólo mis ojos quedaron libres para observarlos.

Entre risillas y susurros se metieron a mi clóset. Con una fuerza increíble, para su tamaño, abrieron cajones y sacaron mis pañoletas para adornarse como hadas; las amarraban a sus gorritos y cubrían sus cuerpos con ellas. Danzaban imitando movimientos femeninos muy sofisticados, al mirarse unos a otros se carcajeaban apretándose el estómago y revolcándose en el suelo de la risa.

Algunos de ellos se quedaron en la puerta sosteniendo varios costales plateados, mientras otros iban y venían guardando apresuradamente el botín. Hicieron una escalera con sus cuerpecillos para descolgar la ropa, los vi hurtando el vestido negro de lino que me quedaba ceñido al cuerpo y que me gustaba tanto, el abrigo de zorros que heredé de mi madre, el traje sastre de tweed que me sacaba del no sé qué ponerme, mis blusas escotadas y las de cuello de tortuga, suéteres tejidos a mano y otros que ni me gustaban mucho, las falditas cortas que me encanta usar en verano, los pantalones de pana para invierno. Toda mi ropa fue desapareciendo de percheros y gavetas.

Anillos, collares, pulseras y un par de centenarios abandonaron su antiguo refugio para entrar, con estruendo, dentro de los costales.

En pequeñas carretillas doradas transportaban mi indumentaria y un montón de cosas que ni recordaba haber guardado. Con mis brasieres de encaje francés hicieron resorteras que les facilitaban el trabajo, pues lanzaban los objetos

desde una considerable distancia; todo caía con un tino sorprendente en los costales. Así vi volar por los aires el reloj de bolsillo de mi abuelo y los pendientes con brillantes que usó mi madre en su boda, unas esmeraldas que nunca me ponía y las perlas que me regaló mi papá.

Se colgaban lo que podían en el cuello o en los brazos como si fueran juguetes, rodaban las monedas persiguiéndolas para que mantuvieran el equilibrio hasta llegar a su destino, lo que no les cabía en el cuerpo lo depositaban en las carretillas. Trabajaron la noche entera para llevarse todo. Los objetos que había encima de los muebles fueron desapareciendo paulatinamente.

No les gustaron mis pantalones de mezclilla ni mis camisetas de Gap, ni mis rebozos, ni mis libros, tampoco las violetas que cultivo y que tengo en la ventana. Hicieron un cerro con las prendas que iban desechando y brincaban encima de ellas desde el ropero donde escondo la televisión. Las piruetas que realizaban en el aire eran sorprendentes, hasta risa me dio.

Por último, uno de ellos encontró mi caja de recuerdos; vi como destrozaban mis diarios y las cartas de amor que guardaba desde la adolescencia, las fotografías de mi primer novio y los pétalos secos de las rosas que me regaló en la primera cita.

Creo que se fueron casi al amanecer; no los vi, me quedé dormida de puro cansancio. Cuando el sol llegó hasta mi cama me desperté angustiada. Mi habitación estaba en perfecto orden. No habían dejado casi nada, por eso vi fácilmente, sobre mi buró, una pequeña tarjeta que decía “Anoche entraste en la dimensión del desapego”

No pude contarle a nadie lo sucedido, hubieran pensado que me había

vuelto loca de remate. A mis amistades cercanas les dije que un ladrón se había metido en mi casa y que me di cuenta hasta la mañana siguiente. Todos comentaron lo usual: que había corrido con suerte, que lo material era lo de menos, total, me decían, eso se recupera.

Pero la verdad es que no me interesa recobrar nada. Por eso escribo esta historia, alguien debe saberlo, quizá los gnomos los visiten alguna vez. También porque a partir de ese día me siento más liviana, ya no tengo tesoros que cuidar ni nada que defender. Sacudo fácilmente y arreglo los cajones en minutos. Para ser honesta me ajusto bastante bien con lo que me dejaron y vivo más feliz así.

AQUÍ ESTÁ TU CIELO

Ayer, mientras recapitulaba lo nuestro, caí en la cuenta de todo lo que ha pasado desde que te fuiste. Las cosas han cambiado mucho, ya no tengo la agencia de viajes donde nos conocimos, la he transformado en una pequeña tienda de curiosidades para turistas espirituales. Vendo tankas de protectores como *Mahakala* y deidades femeninas como Tara verde. Tengo también a *Chenresi*, buda de la compasión, a *Manjushri* de la sabiduría y a *Maitreya* para el futuro. Hay gongs traídos de *Boudha*, mandalas que se hacen con polvo de mármol, estatuas de budas de Patán, catalejos que consigo en los mercados de pulgas y que nos sirven para ver, desde otra óptica, los acontecimientos que nos lastiman, esencias para aromaterapia, cajas con incrustaciones de concha nácar que se usan para guardar los sentimientos valiosos, malas de semillas de loto para unir la mente con el habla y telas con dragones custodios para los altares. Son especiales porque vienen de una tienda de la ruta de la seda. También vendo paisajes montañosos en miniatura. Se hacen con piedritas que encargo a mis amigos que viajan cada año al Tíbet y que coloco sobre arena de Cancún. Quien los compra debe hacer lo mismo hasta convertir la actividad en una pequeña meditación. Hace unos días me ofrecieron unas *pachminas* que compré sin dudarlo. Aunque aquí siempre hace calor, cuando la gente tiene frío en el alma, la sensación se cuela hasta los